

cos sobre las rompientes del cauce. El aire absorbe los vapores del agua y llega á mis labios con humedades de caricia.

En estas soledades vivo; por ellas ando con mis imaginaciones á cuestras. A veces, familias que de la ciudad próxima llegan á solazarse, rompen con el eco de sus reíres los encantos de mi apacible soledad.

Abandono mi banco, sigo una calleja de rosales, toco las márgenes del río y me dejo caer en la hierba.

Mis ojos se entornan. Quiero ver como en sueño la real belleza del paisaje.

El día es caluroso. La hora meridiana invita al dormir. Las aves pían con pereza. No cantan, bostezan en sus nidos. Las aguas corren mansas. El aire, tardo é indolente, sacude con lujuriosa lentitud árboles y matojos. Sobre el cielo, sin nubes, bermejea el sol. La semilla que desprenden los chopos llena el espacio de pelusillas blancas.

Parecen estas pelusillas, bajando del espacio á la tierra, copos minúsculos de nieve.

La callejuela de rosales forma sobre el río un recodo, y ocultándome á la frontera margen, me la deja ver sin ser visto, como si estuviera detrás de una persiana.

Las tapias de una finca cortan por allí el horizonte; el sol cae á plomo en la pradera verde. Al centro suyo yérguese un chopo gigantesco. Sus ramas, desbordantes en hojas, ofician de dosel. Un ancho círculo de sombra se dibuja encima del prado. La sombra resbala por las orillas del Vilaine y se hunde en su cristal.

Arbol simbólico del judaico paraíso es el chopo, por méritos de una pareja que á la sombra de sus ramas dormita.

Adán y Eva son ellos, mozo y moza, en aquel paraíso improvisado junto al Vilaine por su amor.

Juntos, muy juntos, tendidos á lo largo en la hierba, deja ella descansar su cabeza en un brazo de él. El la mira con acariciadores ojos.

La cabellera de la mujer cubre sus espaldas como un manto real. El viento hace de aquel manto juguete y lo pasea en hebras por el rostro del hombre. Este ríe á cada cosquilleo, apartando los cabellos retozadores con sus manos temblonas. Ella ríe también. La risa no se oye, se ve en el pliegue rojo de sus labios, en el marfileño blanquear de sus dientes.

Solos están. Solos creen estar, puesto que á nadie ven. Solos están el Adán de bombacho y camisa de lienzo crudo; la Eva de replanchada cofia y pañoleta de puntilla.

Solos están, bajo la sombra de chopo venerable. El fuego del sol, cernido por las altas ramas, y el himno nupcial de las aves, acompañan y aconsejan su soledad. Solos están. Las mariposas se ayuntan encima de los tallos; el río murmura requiebros al viajar suave de sus ondas.

Ignoro si en el chopo anidan serpientes tentadoras. Ella y él, la mujer y el hombre, el Adán y la Eva de ocasión, están inmóviles, atentos como si escuchasen una voz que les hablara desde lo alto.

¿Qué dice aquella voz?

La muchacha sonríe; el mozo murmura algo, quedo, muy quedo, junto al pabellón de su oreja. Entorna la muchacha los ojos y, echándose al rostro la cabellera regia, se envuelve en ella como en rico manto nupcial.

El brazo de Adán forma círculo sobre la nuca de Eva; la cabeza de Eva se vuelve requiriendo los labios de Adán. Un beso vibra bajo el chopo.

—¡Eh!... ¡eh!... ¡Que hay gente!... ¡Vaya con los amigos!—gritan seis ú ocho voces.

Es gente honrada que vino de la ciudad para merendar á orillas del Vilaine. Oculta por los arbustos ribereños, ha visto, igual que yo, sin ser vista. Los buenos burgueses increpan á Adán y á Eva por su incipiente pecado original. Les increpan en nombre del pudor.

A lo menos, el pudor es el *leit motiv* de las voces.

¡El pudor!...

Muy respetable es. Observo á sus evocadores y noto que los hombres miran á la pareja edénica con ojos brillantes. Las mujeres ocultan las caras con las manos, pero no juntan bien los dedos.

La pareja huye. El pudor se ha salvado.

Sin duda, el ángel exterminador del judaico paraíso tuvo envidia de Adán y Eva y fué á Dios con el cuento. Miro á los ángeles exterminadores del Vilaine y torno á oírles la palabra «pudor».

Verdaderamente, el diccionario de la lengua es un gran almacén de disfraces.

Márgenes del Vilaine.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

NIÑEANDO

Los niños de dos y tres años que van y vienen por la playa de Quiberon como blancas mariposas aliquebradas, no saben leer, naturalmente.

Es lástima que no sepan leer. Viéndolos á ellos y pensando en ellos comencé á escribir estos párrafos. Para ellos acaso fueran interesantes. Para las personas formales... ¡Bah!... Hoy es domingo y quiero santificar la fiesta, dándome el gusto de escribir con tal objeto, el de darme gusto.

Ayer fué para mí día jubiloso; lo fué sin motivo alguno personal; lo fué porque el sol y los chiquillos determinaron que lo fuese.

El sol de Julio se hizo caricia sobre mi cuerpo; caricia honesta, paternal. El suave perfume de la caricia me cosquilleaba el olfato; los juegos de los chiquillos me alegraban el corazón. Mi ser entero fué sonrisa.

¡Los niños!... Cándidos y débiles, son ellos fuente de bondades. Quien no sepa beber en esa fuente, quien no sea bueno entre niños, es peor que malo; es un amputado moral.

Miro á los niños de dos y de tres años que revolotean cerca de mi banco. Sus vestimentas albas les transforman en flores de jazmín y de nardo; el aire lleva y trae esas flores sin dejarlas caer al suelo, sin permitir que su contacto las ensucie.

Junto á mí oscila una de estas flores humanas.

Sus cabellos rubios asoman bajo una gorrita coronada por lazos tan azules como sus ojos de risueña expresión; sus manos se enredan en las bordaduras del traje; sus piececillos, todavía infirmes, dan á su cuerpo oscilaciones de borracho.

¡Ata!—dice encarándose con su niñera—
¡Ata!... ¡Má!... ¡Coe!... ¡Babe!... ¡Vene!...

¿Verdad que el lenguaje es incomprendible? Pues yo lo entiendo á medias. Vale decir que en mis albores periodísticos hacía las sesiones de Cortes y escuchaba á los señores diputados.

Me dediqué á descifrar el idioma de mi héroe y logré mi empeño.

Por de pronto, el tono era imperativo. El minúsculo ciudadano iba para déspota.

¡Ata!... ¡Má!... ¡Coe!... ¡Babe!... ¡Vene!...

Y tiraba del delantal á la niñera, y extendía el brazo en determinada dirección y llevaba los mirares donde el brazo no podía llegar.

Si la distancia más corta es la línea recta, la estación de partida para arribar á un cochecillo tirado por un burro que paraba enfrente de mi banco, eran los ojos azules del chicuelo.

Sabiendo ya que tal vehículo constituía el objetivo de sus aspiraciones, me resultó fácil traducir el discurso.

¡Ata! significaba «¡Mujer, no seas posma!»
¡Má!... era una contracción de «Date prisa».
¿Coe? Estaba más claro que la luz. «Coe» quería decir coche. El «Babe» me entretuvo unas miajas. ¿Qué sería «Babe»?

Al cabo de algún tiempo, parte por serios esfuerzos analógicos, más porque el dedo del orador apuntaba fijamente hacia el burro, averigüé que «Babe» y Asno eran la misma cosa.

¡Vene!?... No necesitaba esto averiguaciones. El delantal de la niñera, que se rasgó

á los tirones del impaciente chico, suplía todo diccionario.

¡Vuela! ¡Cógeme en brazos! ¡Méteme en ese cochecito!

Tanto y más sabía decir aquel «¡Venel!»

—¡No hay *tatos!*—repuso la niñera.

«No hay cuartos», entendí yo. El chicuelo debió entender lo propio, porque rompió á llorar.

—Vaya, hombre, no vale apurarse por tan poco—le dije—. Monta; yo convido.

Y venciendo las repulsas de la niñera, metí al chico en el coche, ya ocupado por seis ó siete criaturas.

La mía—vamos, la de mis protecciones—agradeciolas, dirigiéndome una sonrisa. Sabía que era yo quien pagaba.

El burro echó á andar, y el cochecito hizose guirigay, Babel de ángeles. Cada niño tenía un vocabulario distinto.

Más afortunados que en la Babel bíblica, donde no se entendieron los hombres, los chicos se entendían perfectamente, ayudando con los ademanes el habla.

Ya en aquel espacio reducido, en aquella oscilación de capullos humanos, empezaban á dibujarse los futuros *reyes de la tierra*.

Un chiquillo quería todos los asientos para él; otro se achicaba, ocupando la mitad del que le correspondía por derecho; aquél miraba á su compañero con desconfiado mohín; éste sonreía al suyo con deliciosa confianza; cuál, empuñando las riendas á dos manos, declarábalas de su completo señorío; quién, arrebatándoselas con un gesto de justiciera indignación, repartíalas entre todos, significando que todo había de ser entre todos común.

Yo andaba, andaba junto al coche, rabiando con mi condición de persona seria y con mi torpeza lingüística, que me privaba de mezclarme en el diálogo de los minúsculos viajeros.

Mi patrocinado iba en la gloria. Primero estuvo un si es no es vergonzoso; pero cuando cogió terreno, hizose el amo del cotarro.

¡Empuñó las riendas! Gritó al burro: ¡Are, babe, are!, y fué árbitro de vehículo y cabalgadura. De pronto, viendo que una chiquilla puesta al lado suyo, contemplaba el rendaje con ansia, lo trasladó dulcemente á sus manos: «Oma, nena»—dijo rodeando la femenina cinturilla con sus dos brazos; y se puso á gritar:—«¡Gapa, nena! ¡Gapa!»

¿Fué vaivén del carruaje? ¿Fué intención realizada del chiquillo? ¡Vaya usted á saberlo! Lo cierto es que su boca se apoyó sobre los labios de la niña.

Terminado el paseo, mi amigo tendió los brazos hacia mí. «¡Ata!... ¡Tele!... ¡Meni!...», murmuraba cerca de mi oído. Manifestaciones de su agradecimiento, que yo estimé con toda mi alma, sin ocuparme en traducirlas.

Volvieron los niños á revolotear en torno de mi banco; volvieron sus voces á alegrar la atmósfera; volvieron los rayos tibios del sol á ser caricia de mi cuerpo; volvió el perfume de las flores á ser incienso natural para mis sentidos.

Las mujeres, las madres, los moldes donde aquellos ángeles cuajaron, venían en su busca...

Ignoro por qué acudió á mi recuerdo una amarga crónica que Benavente ha escrito en *El Liberal*, de Madrid, que llegó á mis manos hace tres días.

Es amarga y es justa. Tiene razón mi compañero. Nuestras mujeres son todavía, en su mayor parte, por vicios de educación, de herencia, de sociales contrafacturas, más

causa de martirio que de goce para el hombre que está á su lado.

A medida que el hombre es mayor en entendimiento y en delicadeza espiritual, más hondos siente los alfilerazos con que las mujeres puntean su alma.

Sin embargo de ello, hay que amarlas, aun como son, poniendo la esperanza en que dejen de ser como son.

Son las madres, la divina maceta en que echan sus primeras raíces estas flores humanas que revolotean en torno de mi banco.

Hay que cultivar las macetas, aunque algunas de ellas, por la mala condición de su barro, hieran las manos del jardinero y dificulten el crecimiento de la flor.

Morbhian.





Un castillo bretón

Afianzándose en las rocas, el castillo desafia al mar y vigila la tierra.

No es inválido de los tiempos. Fuerte y robusto de alza, con la bravía juventud de su ayer.

Las torres se yerguen desafiadoras. Dientes mal unidos, dispuestos á morder, parecen las almenas. En el ancho foso bravea el Océano. El puente levadizo se afirma sobre sus cadenas de acero; relucen éstas, libres de toda herrumbre; libres de jarra magos y hiedras se ostentan las murallas; limpias, apercibidas al paso del arma arrojada, están las ballesteras.

Flotara el pendón señorial en la torre del homenaje; cubriéranse los muros de guerreros paramentados, y reviviría la época feudal, los tiempos de «El Señor», árbitro de vidas y haciendas.

Un noble de la antigua raza, por cuyas

venas corre sangre de los reyes bretones, es propietario del castillo. De padres á hijos se conserva el culto á las piedras donde cimentó su ejecutoria.

De otros tiempos es el dueño actual del castillo. Reñido con el presente vive. El amor de Bretaña es, luego del amor de Dios, su gran culto. Viste á usanza bretona, habla en bretón y vive, como si los siglos no hubieran pasado por la Historia, dentro de su fortaleza, que el cura bendice todos los domingos, y los recuerdos del ayer pueblan todo el año.

Deferente con el extranjero, me enseñó el noble su castillo.

Al cerrarse el portón, salí del mundo mío para entrar en el suyo. La Bretaña antigua resucitaba en aquellos sombríos patios, en aquellas escaleras sinuosas, en aquellas habitaciones cubiertas de tapices y repobladas de armaduras.

Dos grandes retratos presiden la sala de homenaje. Cubiertos se hallan con crespones de luto; son estos retratos de Luis XVI y María Antonieta, el Borbón y la Austriaca representantes de la monarquía guillotizada por la justicia popular.

El rostro del Borbón, insignificante, vulgar, mueve á lástima. Compasión da que fuera señalado por la fatalidad para satisfacer culpas de un ejército de monarcas.

El rostro de la austriaca, duro, altanero, respirando orgullo y despotismo, no inspira piedad. Si á la belleza de la reina no se uniera el recuerdo de los sufrimientos de la madre, odio inspiraría.

A continuación de estos retratos vienen los de familia. Guerreros bravamente apoyados en sus espadones; sacerdotes envueltos en sus talares ropas; monjas ceñidas por la mitra abacial... El último retrato es el de un caballero, en plena juventud.

Viste al uso de la nobleza en los fines del siglo xviii. Terciopelos y blondas enlujan su figura. La cabellera, rubia, se suelta por cima de los hombros; su mano se apoya en un espadín con mango de oro.

Compañero fué de Talohuet y D'Harvilly, de Sombreuil y Soulanges. En la pradera trágica de Auray cayó bajo los fusilazos de Hoche.

«Dieu et mon roi», es la divisa de los señores del castillo. El joven de los cabellos rubios murió fiel á ella.

La armería es museo. Desde el hacha silexiana de los celtas hasta el sable corvo del caudillo chuan, todas las armas que sirvieron á los bretones para sacrificar víctimas ante las divinidades celestes ó ante los orgullosos terrenos, se confunden allí. Díjérase que aguardan una fantástica resurrección, el arribo de espectrales legiones que vuelvan á empuñarlas.

De la galería se pasa á la capilla. Sobre el altar muéstrase la imagen de Santa Ana de Auray, la santa chuana y realista.

En uno de los muros hay un gran lienzo representando la Degollación de los Inocentes. Enfrente de ellos agoniza, trágicamente, un Cristo.

La luz del día palidece sobre dos rosetones de raspado cristal.

Un nicho descubre la estatua yacente de un guerrero. Es el fundador: bastardo heroico de un rey de Bretaña.

A la derecha de la capilla está la biblioteca. El frente suyo es ancha lápida de mármoles. En ella se grabaron los nombres de todos los monarcas bretones. Debajo de esta lápida gallardea el escudo del castellano. Corona real lleva. De izquierda á derecha

le cruza raya de bastardía. El mote, sujeto por las garras potentes de un águila marina, dice:

«Dieu et mon roi».

Códices, manuscritos genealógicos, libros de historia y religión, encuadernados en pergamino, llenan los estantes.

En sitio de honor, dentro de una vitrina, que es para el arte relicario, está la literatura bretona.

Saltando entre notas, aparecen los poemas cantados, con sus cuatro especies distintas: «cánticos», «guerz», «canciones» y «sones».

El «Cántico del Infierno» se destaca, como entre llamas, sobre líneas rojas. Allí dice el padre á sus hijos: «¡Malditos seáis, hijos de mi carne! ¡Por vosotros he querido amasar riquezas!... ¡Por vosotros rapiñé, sin compasión á los hombres!...» «¡Maldito seas tú, padre, que me engendraste!», responden los hijos. «¡Tú me has dado orgullo y crueldad! ¡Tú me has conducido al infierno! ¡Madre, maldita tú, porque has disculpado, porque has alentado mis crímenes!...»

Parece que hablan los profetas bíblicos del horror.

El «Cántico del Paraíso» ríe, sobre líneas azules; es infantil, cándido, como los sueños de la gloria cristiana. Como las cañadas montaraces, es sombrío el «Cántico de los pastores».

Después vienen los «guerz», los cantos antiguos «Juana, la Religiosa», «El marqués de Guerand», «La infanticida», «Le Kloark de Laoudour».

Después, los «Sones», la dulce poesía del pueblo, reflejando en sus frases todos los encantos y todos los misterios de las selvas y las landas.

Todo está allí: los poemas guerreros, los idilios, el alma armórica hecha grupos de letras. Presidiéndolo todo, prisionera en cubiertas de ante, con el título en letras de oro, «Saint Guillaume, comte de Poitou», la tragedia bretona por antonomasia.

Es Bretaña la que resucita en aquellos libros que mis ojos recorren al azar.

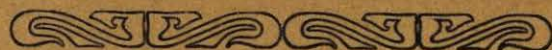
El pasado vuelve con ellos.

El noble señor, el heredero del jefe vengano de los cabellos rubios, recorre conmigo las señoriales cámaras evocando la

imagen del pasado aquel, pidiendo á Santa Ana de Auray que lo pasado vuelva.

¡Ah, noble señor; deja al pasado donde está! ¡Déjalo en tu castillo, para recreo de arqueólogos y poetas!... Los hombres de ahora tienen faena más grande que resucitar el pasado: acelerar el porvenir.





ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Mar adentro.....	5
La perla de Armórica.....	13
El rincón solitario.....	21
Seulette.....	29
La última trinchera.....	35
Las dos playas.....	41
El Chuan.....	47
Ráfagas de Junio.....	53
Rebeca.....	59
Polianque.....	65
Pan de centeno.....	73
El «Campo del Martirio».....	79
Mis vecinos.....	85
Jardín abandonado.....	93
A la lumbre.....	101
A compás de remo.....	107
Peregrinos.....	115
Luna clara.....	119
En los dolmens.....	125
Marcoff.....	133
Aguafuerte.....	141
Campesina.....	147
Adán y Eva.....	155
Niñeando.....	161
Un castillo bretón.....	169